No mas muchachos

GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

OFICINAS

CALLE DE JESUS Y MARÍA, NUM. 4, PRINCIPAL

MADRID

32

NO MAS MUCHACHOS

ó

EL SOLTERON Y LA NIÑA.

PIEZA JOCOSA EN UN ACTO

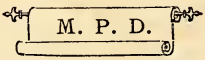
ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino en 25 de Mayo de 1849.

CUARTA EDICION



PRECIO: 4 REALES

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1882.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Alejo	Don Antonio Guzman.
Don Miguel	Don Antonio Rubio.
Anita	Doña Josefa Valero,
Pascual	Don José Guzman.
Gila	Doña María Cabo.

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscricion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO UNICO.

El teatro representa una sala que da á un jardin. Verja en el foro.

ESCENA PRIMERA.

GILA sentada haciendo calceta, y PASCUAL entrando.

PASC. ¡Gila! ¡Eh! ¡Gila! ¿No has oido llamar?

GILA. Sí; pero como dijo el amo que hoy no queria recibir á ningun forastero...

PASC. Ya; porque quiere estar sólo con su familia. Hoy esperaba á su sobrino, á don Miguel, mi amo antiguo, con quien estaba reñido hace muchos años. Viene de América con diez hijos.

GILA. ¡Poder de Dios! Pero si él no tenia más que una niña...

PASC. ¡Toma! Despues acá... Yo me alegro de su venida, porque cuento con su proteccion para nuestra boda. Mira, mira. Allí está el que llamaba; en la verja... Habrá dado la vuelta. (Va á abrir.)

ESCENA II.

DICHOS, DON MIGUEL y ANITA.

MIGUEL. Gracias á Dios que nos han abierto.

PASC. El es, sí... El es... No se ha desfigurado casi nada, como dice el otro. O yo no me llamo Pascual Centeno, ó usted es mi amo de marras, el señor don Miguel García...

608354

MIGUEL. ¿Quién ha pronunciado mi nombre?

PASC. ¡Cómo! ¿No conoce usted á quien tanto ha favorecido? Yo soy Pascualillo; pues, el que acomodó usted con su tio don Alejo cuando se fué usted á las Américas.

MIGUEL. Es posible... Tu aspecto hace renacer en mi corazon la memoria de mis primeros años.

¡Oh justo cielo! Bendigo
tu divina providencia,
pues al fin verme consigo,
despues de tan larga ausencia,
en los brazos de un amigo.

PASC. ¡Amigo! ¡Ah! ¡Le has oido! Este es el amo de los amos.—Supongo que esta señorita es hija de usted.

ANITA. Sí, señor.

MIGUEL. Esta es mi querida Anita.

PASC. ¡Vaya si es linda! ¡Y cómo se parece á usted!—(Aparte á Gila.) ¿Y los otros nueve? (A don Miguel.) ¿Sabe usted que está hecha una mujer?

GILA. Tendrá sus trece años...

MIGUEL. Ya los ha cumplido.

PASC. ¿Y por qué no se ha traido usted toda la familia? Don Alejo tiene una gana de abrazar...

MIGUEL. Sí; por fin se digna perdonarnos. Viviré eternamente agradecido á su bondad.

ANITA. ¡Pues! Y mamá no queria creerlo.

MIGUEL. (A Pascual.) Mi mujer teme recibir un desaire, y nos ha enviado á explorar...

GILA. ¡Su mujer de usted! ¡Pues si nos ha dicho don Alejo que es usted viudo!

MIGUEL. No hay tal cosa.

PASC. Sí, señor; viudo con diez hijos.

MIGUEL. ¡Ave María purísima! No tengo más prole que esta niña, gracias á Dios.

ANITA. Sí por cierto; yo soy hija única.

PASC. ¡Ay, ay, ay! Pues es usted perdido, porque si don Alejo consiente en recibirle, es á causa de la viudez; ¿estamos? y sobre todo, de los diez hijos.

MIGUEL. ¡Qué me dices!

PASC. Lo que digo. Estaba tan irritado con el casamiento de usted, que ni tan siquiera queria oir hablar de su sobrino, hasta que habrá cosa de un año le dijo un amigo suyo, recien venido del otro mundo, que le habia visto á usted allá... ¡qué sé yo! donde usted estaba.

MIGUEL. En Filadelfia.

PASC. ¡Eso! Le dijo que habia visto en Frayadelfa á un mercader español llamado don Miguel García...

MIGUEL. ¡Ah! Vamos, ya caigo... Ya sé de donde ha podido nacer su equivocacion. Efectivamente, reside en Filadelfia otro don Miguel García... Los *Garcías* abundan por todas partes.

PASC. ¡Qué, si hay peste de ellos!

MIGUEL. Aquel es viudo, sí, y padre de diez hijos... Pero rico, y yo no tengo una peseta; negociante, y yo militar.

GILA. ¡No es nada la diferencia!

MIGUEL. La carta de mi tio venia dirigida á don Miguel García, á secas. Conocí su letra, y no podia sospechar... (Saca la carta del bolsillo.) «Todo lo olvido. Tan luego como recibas esta, ponte en camino con *toda* tu familia...» La palabra *toda* está rayada por debajo... Yo creí que se referia á mi mujer, y sin vacilar un momento me embarqué para Burdeos.

PASC. ¡Vaya que es chasco!

MIGUEL. ¿Y qué haremos, amigos mios? ¿Qué partido tomaré?...

PASC. ¡Hum! Malo lo veo; porque el tal don Alejo tiene una aficion á los muchachos... Para maestro de escuela es el único.

ANITA. Bien; aquí estoy yo.

GILA. ¡Valiente refuerzo! El amo no está contento si no se ve rodeado de un rebaño de chiquillas y un enjambre de muchachos. Hay dias que tiene gusto de reunir en la huerta á todos los de la aldea.

PASC. ¡Vaya! Y para el dia de su santo, que es la semana que viene, les está ensayando una comedia que él mismo ha sacado de su cabeza...

MIGUEL. ¿Ha dado en esa manía?

GILA. Por comedias se desvive.

MIGUEL. ¡Comedias él! ¡Quién diria!...

PASC. ¡Toma! ¡Pues si diz que hoy dia cualquier moscon las escribe! Y verá usted; como la mayor parte de los chicos son pobres y desarropados, ha hecho venir de Madrid una carga de vestidos, que tiene allá dentro en un armario...

ANITA. (¡Oh! ¡Qué idea me ocurre!)

MIGUEL. No hay remedio. Vamos á ser muy mal recibidos, y tu madre sobre todo, porque juró no verla jamás. Mejor será que nos vayamos sin verle.

ANITA. No, no, papá. Yo pienso...

MIGUEL. ¿Qué quieres hacer?

ANITA. No sé... pero... Podria haber algun medio...

MIGUEL. Ninguno.

PASC. Yo, en lugar de usted, ni me iria, ni me quedaria.

ANITA. ¡Bah! ¿Y cómo nos hemos de ir si nos quedamos?

PASC. Oigan ustedes. A media legua de esa granja, en Leganés, habita don Claudio Fernandez, que es muy amigo de don Alejo. Usted le habrá conocido...

MIGUEL. Mucho. Fué tambien amigo de mi padre.

PASC. El puede dar á usted algun buen consejo, ó hablar en su favor.

MIGUEL. Sí; ese es mi único recurso. Pero media legua... He despedido al calesero, y esta criatura no podrá...

PASC. Que se quede con nosotros. Aquí la cuidaremos.

ANITA. (A Gila.) Llévame allá adentro y te diré mi proyecto... Papá, si el cielo se muestra propicio á mis votos, quizá cuando usted vuelva encontrará aquí la felicidad.

MIGUEL. Dios lo quiera. Amigos mios, ahí os dejo á mi Anita. Mirad por ella, y contad con mi agradecimiento.

ESCENA III.

PASCUAL y DON ALEJO.

PASC. ¡Hola! (Mirando á la izquierda.) Por allí viene el amo. ¡Y qué tieso está hoy! ¡Si casi casi anda, como quien dice, con un brazo solo! Con él vienen dos mozos cargados de chucherías. Cosme trae un caballo debajo del brazo, y en la palma de la mano, un navío de tres puentes. ¡Huy! ¡Dominguillos! Pelotas, muñecas, tambores... ¿Qué habrá quedado en las covachuelas?

ALEJO. (Llega con el brazo derecho apoyado en una muleta, y el izquierdo en el hombro de un criado.) Poco á poco, poco á poco... Bien. (Sentándose en un sillon, junto á una mesa con escribanía.) Anda. Que coloquen todo aquello sobre la mesa grande, y ¡cuidado con romperme nada! (Váse el criado.) ¡Ah! ¡Estás aquí, Pascual! ¿Están corrientes las dos habitaciones que he mandado preparar, una para mi sobrino y otra para su familia?

PASC. Sí, señor; pero... ¡diez muchachos! ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Buena liorna va á haber en esta casa! ¡Digo! Y mi emparrado, mis flores... ya puedo hacerles el duelo. (Hace ocho dias que no las miro tan siquiera.)

ALEJO. Eso, eso es lo que yo quiero, y me regocijo sólo en pensarlo. Ya estoy fastidiado de la calma y soledad en que vivo. Tengo sesenta años de edad; mis rentas ascienden á otros tantos miles de ducados, y no me los puedo comer yo solo.

PASC. ¿Y quién tiene la culpa? Como usted quiera, á fe mia que no han de faltarle convidados.

ALEJO. Sí, gentes extrañas, parásitos aduladores. ¡Afuera, afuera zánganos! Cuánto mejor es... Admira mi fortuna, Pascual. Sin saber cómo

ni cuándo, y sin poner nada de mi cosecha, me encuentro ahora con una familia ya formada que va á ser mi diversion, mi consuelo, mi gloria. ¡Ocho muchachos, y dos chiquillas! ¡Qué variedad de caractéres! ¡Qué diversidad de gustos, de inclinaciones!... La sociedad en compendio. Cuando yo me vea entre ellos... querido, respetado, y sobre todo obedecido... Porque ejerceré sobre mis parvulitos un poder sin límites. ¡Vaya! Esta será una monarquía patriarcal, moderada por juguetes y golosinas.

Cese mi enojo importuno.
Venga Miguel cuando quiera;
venga con su prole entera.
¡Diez muchachos, ó ninguno!
Si me falta sólo uno,
¡ay, triste de mi sobrino!
hoy le despido mohino...

PASC. ¡Cómo!

ALEJO. Y mañana...

PASC. Señor...

ALEJO. Me caso...

PASC. ¡Terrible amor
á los hijos del vecino!

ALEJO. Escucha, Pascual. Me ocurre una idea... Monta á caballo, y corre á Madrid... ¿Eh? ¿Qué dices?

PASC. Digo, que si á usted no le ocurriera esa idea, seria mejor. Tres leguas á escape, y otras tres de vuelta... Me voy á reventar.

ALEJO. Perezoso... Pues irás, mal que te pese. En el correo de la Mala habrá alguna carta para mí. Una sola he recibido de Miguel, fecha en Burdeos, pero tan lacónica... Quiero saber cómo es que aun no ha llegado.

PASC. ¡Toma! Pues si no es más que eso... bien puede usted sosegarse, que está bueno y gordo. Un poco aviejado...

ALEJO. ¿Con que le has visto? ¿Con que están aquí y no me has dicho una palabra?

PASC. Es que... Yo le diré á usted... todavía... (No se ha convenido en lo que hemos de decir...)

ALEJO. ¿Acabarás de explicarme, mameluco?

PASC. Sí, señor, sí. Verá usted. Gila ha estado en Leganés y ha visto á toda la familia en casa de don Claudio. Allí se han apeado para descansar un instante y venir luego...

ALEJO. ¡A sorprenderme! ¡Oh qué gozo! Antes de una hora los voy á ver. Y ¿qué ha dicho, qué ha dicho Gila? ¿Qué le han parecido los chicos?

PASC. Los chicos... Por el pronto ha visto á una señorita muy guapa.

ALEJO. (Frotándose las manos.) ¡Bueno! ¡Bueno! Pero los otros... Háblame de los otros, de los chiquitines.

PASC. ¡Oh! Los chiquitines... son unas criaturas.

ALEJO. ¿Crees tú que viviremos bien todos juntos?...

PASC. Le aseguro á usted que no le incomodarán.

ALEJO. ¡Angelitos! Pero ¿cuándo acaban de venir?

PASC. Ellos vendrán si son de ley.

ESCENA IV.

DICHOS y ANITA vestida de muchacho con un tambor.

ANITA. (Dentro.) ¡Batallon! ¡Paso redoblado! (Entra.)

Quieren que yo sea un sabio,
y yo digo N, i, ni,
que con *mussa mussæ*, rabio,
sí;
y me apesta el *quis vel qui*.
No quiero ser Ciceron;
¡batallon!
que quiero ser capitan.
Plan, plan, rran, plan, plan.
¡Oh, quién tuviera mostachos!
¿Yo estudiar? N, o, no.
¡Guerra! ¡Guerra! Cien muchachos,
¡oh!
no arman el ruido que yo.

Suene el parche y el clarin.
¡Tiririn!...
Yo quiero ser capitan.
Plan, plan, rran, plan, plan.

PASC. ¡Pardiez!... ¿De dónde nos ha venido este somaten?

ANITA. ¡Eh! ¡Ustedes! ¿Saben ustedes dónde está mi tio don Alejo?

ALEJO. Aquí le tienes, hijo mio; yo soy.

PASC. Sí, mi capitan. Este señor es don Alejo en persona. (Pues no decia don Miguel... Yo estoy en babia.)

ANITA. Tan repanchigado en ese sillon... Tan... Parece una pandorga.

ALEJO. (Riéndose.) ¡Ah, ah!... ¡Qué gracioso! ¡Qué mono! Ven á abrazarme.

ANITA. Con mil amores.

ALEJO. ¿Cómo te llamas?

ANITA. Aquíles.

ALEJO. El nombre te viene de molde, porque tienes traza de ser un diablillo. ¿Y cómo has venido aquí? Pascual me ha dicho que tu padre estaba con todos tus hermanos en Leganés, en casa de don Claudio Fernandez.

ANITA. ¿Pascual ha dicho eso? Pues es verdad.

PASC. (¡Calle! Dígole á usted que hay mentiras afortunadas.)

ANITA. Pero mientras papá charlaba encerrado en un cuarto con ese don Claudio, que es un vejestorio...

ALEJO. No tanto. Es mucho más jóven que yo.

ANITA. No importa, es un viejo. ¿Qué hacemos nosotros? Nos escapamos sin decir oste ni moste.

ALEJO. ¡Bravo!

ANITA. Allí se quedan los chiquitillos; aquí estamos yo, y Casimiro, y Geromo, y Cayetano, y Manolo, y Julian.

PASC. ¡Huy, huy, huy!... Pues son lo menos una docena

ALEJO. ¡Pobres chicuelos! El deseo de verme...

ANITA. Hemos trepado por la tapia de la huerta, descolgándonos por el emparrado.

PASC. ¡Adios moscatel!

ALEJO. ¿Y estais todos ahí?

ANITA. No, señor. Los otros están en la acequia grande, donde hay unas barcas. Manolo y Julian se han puesto á navegar. Julian es el almirante.

ALEJO. Pero tú has querido ver antes á tu tio...

ANITA. ¡Pues ya se ve! Y Geromo tambien; porque ha de saber usted que teníamos hambre.

ALEJO. Por vida del chápiro... ¿Y dónde está, dónde está Geromo?

ANITA. Allá bajo, hácia el melonar... Se ha quedado comiendo nísperos, porque es muy goloso Geronimillo, muy tragon...

ALEJO. ¿Y tú?

ANITA. ¡Oh! Yo no he querido, porque dice el refran: *Quien nísperos come, y bebe cerveza, y espárragos chupa, y besa á una vieja, ni come, ni bebe, ni chupa, ni besa.* ¡Batallon!

ALEJO. ¿Pero has visto un arrapiezo más donoso, Pascual?

ANITA. Mejor quiero otra cosa que se pegue al riñon.

ALEJO. Bien, bien. Pascual, dále algo que coma á ese niño.

PASC. Le daremos un pedazo de ese hermoso pastelon de liebre...

ALEJO. ¿Quieres callarte? Mi soberbio pastel, obra maestra de la posteridad de Ceferino... ¡Cuidado con tocarme á él! Es manjar muy pesado para estas horas, y le tengo reservado para... Dejémonos de bromas. Tráele cualquier otra cosa.

ESCENA V.

DON ALEJO y ANITA.

ALEJO. Pero ahora me ocurre... No seria malo convidar á don Claudio. El tiene una aficion declarada

á cosas de pastelería, y me ayudará á celebrar la llegada... Voy á escribirle dos letras... (Se sienta á escribir. Anita coge la muleta y cabalga sobre ella.)

ANITA. ¡Escuadron! Por la derecha en batalla... (Da vueltas alrededor de la mesa.)

ALEJO. ¿Qué eso? ¿Qué estás haciendo?

ANITA. Cargar á la infantería. ¡Al trote! Tatalará, laralá...

ALEJO. ¡Chico, chico! ¡Que me mareas!

ANITA. ¡A galope! Me muero por un caballo, tio. ¿Hace mucho tiempo que usted no monta?

ALEJO. ¡Qué pregunta!

ANITA. ¡A escape! ¡A escape!

ALEJO. ¡Por Dios, hombre, que no me dejas escribir! Juega á otra cosa.

ANITA. ¡Bueno! ¡Bueno! Con tal que yo juegue... (Pone unas sillas sobre otras cerca de la mesa. Don Alejo escribe, manifestando impaciencia, pero sin volver la cabeza hácia Anita, que acaba de agrupar las sillas, y se prepara á subir sobre la mesa.)

Mambrú se fué á la guerra:
mirandon, mirandon, mirandera.
Mambrú se fué á la guera;
no sé cuándo vendrá.
No sé cuándo...

ALEJO. (Volviendo la cabeza.) ¡Eh, demonio, demonio! ¡Que te vas á romper la crisma!

ANITA. No hay cuidado. Estoy jugando á la fortaleza, y voy á dar el asalto. Pif, paf... Pum, pam, pum... ¡Cómo se resisten los moros! Ah, perros. (Derriba todas las sillas con la muleta.) ¡Patatrum! Se desplomó la ciudadela.

ALEJO. ¡Ay, Dios de los ejércitos! ¡Qué estrépito! ¡Qué polvo! No me va á dejar títere con cabeza. Hijo de Tetis y de Peleo, no me toques á ningun mueble.

ANITA. ¡Toma! ¿Pues entonces, cómo quiere usted que uno se divierta?

ALEJO. ¡Oh tierna infancia inocente!
Hé aquí tu afan, tu ventura...
¿Y acaso en la edad madura
es el hombre diferente?
Ciñe de lauro su frente
cuando aniquila y destroza;
cuando juega, se alborota;
le irrita la dependencia,
le entusiasma la licencia
y en el estruendo se goza.

(Mientras dice don Alejo la décima, juega Anita con una pelota que ha sacado del bolsillo, y acabado el último verso, da un pelotazo á la escribanía.)

¡Ay! ¡Pues esta es más negra, que me ha derramado el tintero sobre el papel! ¡Eh! ¡Vuelta á principiar la carta! ¿Eres hijo de Lucifer? (Coge á Anita del brazo y la hace sentar á su lado.) Quieto, quietecito aquí. Diviértete sentado. ¿Entiendes? ¡Yo no sé dónde estoy! (Gruñendo.) Huum... (Anita toma el tambor y lo toca con toda su fuerza. Don Alejo se levanta sobresaltado.) ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿No hay quien me favorezca? ¡Calla, calla, maldito!

ANITA (Tocando sin cesar.) ¿Pues no me ha dicho usted que me divierta sentado? Yo soy un muchacho muy obediente.
Pon, pon, pon.
¡Vivan los hijos de Marte!

ALEJO. Basta, basta. ¡Ay, San Anton!

ANITA. Pon, pon, pon.

ALEJO. Me iré á escribir á otra parte.
¡Calla, calla! Mal rejon...

ANITA. Pon, pon, pon.

ALEJO. (Yéndose. Anita le sigue.) ¡Hola, Ambrosio! ¡Pedro! ¡Blas!
Sacadme de este salon.

ANITA. Pon, pon, pon.

ALEJO. Si son así los demás,
ya pueden traer la Uncion.

ANITA. Pon, pon, pon, pon, pon, pon.

ESCENA VI.

ANITA, GILA y PASCUAL.

ANITA. ¡Victoria! ¡Victoria! Ya he puesto en derrota á mi tio.

PASC. (A Gila, trayendo una rebanada de pan con dulce para Anita.) Pues, como no estaba prevenido... Quién habia de adivinar... Jurado hubiera que estaban en casa los diez.

GILA. ¡Quita allá, simple!—¿Qué tal, señorita, cómo vamos de tramoya?

ANITA. Grandemente. Mi tio está que trina, y gracias á Dios, ya me aborrece de muerte. Pero es preciso llevar adelante la farsa. Vosotros ayudadme y obedecedme, si quereis que luego me empeñe con mi tio para que os case.

GILA. ¡Sí, sí!

PASC. ¿Qué hemos de hacer?

ANITA. Traedme por pronta providencia ese pastel.

PASC. ¿El pastel? ¡Mire usted que es cosa muy séria un pastel! Se va á irritar don Alejo.

ANITA. ¡Qué! Si es tan bonacho...

PASC. ¡Oh! Yo le conozco bien, señorita.
Es filósofo á mi ver,
muchos le dan este nombre;
pero...

ANITA. Bien; ¿qué?

PASC. Pero es hombre
á las horas de comer.

ANITA. ¡Bobada! ¿Quieres tú casarte? ¿Sí ó no?

PASC. ¿No he de querer, si me tiene esa zagala con un palmo de lengua fuera?

GILA. Pues bien, haz lo que te dice. (Saca Pascual el pastel de un armario, y lo pone sobre la mesa.)

ANITA. Se trata de una conspiracion contra mi tio. Siéntate ahí, Gila: tú al otro lado, Pascual. Tenemos muy poco tiempo. ¡Aquí del valor; aquí

del apetito! Antes de ocho minutos, es forzoso que desaparezca ese pastelon. ¡Ea, muchachos! Manos á la obra. Yo vuelvo al instante.

ESCENA VII.

GILA y PASCUAL.

PASC. (Avanzando al pastel y cortando un buen trozo.) Esa muchacha tiene el diablo en el cuerpo. Pero, ¿qué se ha de hacer? Vamos tragando.

GILA. Si lo sabe el señor...

PASC. (Con la boca llena.) ¿No oiste lo que dijo? Yo quiero ser tu marido á todo trance. ¿Qué haces tú, que no me ayudas? ¿Quieres que lo devore yo todo? ¿Todo? Toma, hinca el diente en ese tarazon, y á ver cómo me das cuenta de él.

GILA. Será preciso; que yo tambien deseo pasar á mejor estado. (Comiendo.) Pues á fe de Gila, que es cosa de gusto. ¡Y con trufas!

PASC. No te entretengas en hablar, que oveja que bala, bocado pierde. Atraca ese buche; déjate de melindres.

GILA. Si no puedo...

PASC. Anda, que sabe Dios cuándo nos veremos en otra. No ves qué buen avío estoy yo dando... ¡Oh! mi estómago tiene conciencia.

GILA. Pues ya ves que yo no te voy en zaga; pero escucha: si esto es una conspiracion, como dice la señorita, ya ves tú que...

PASC. ¡Bah, bah! Conspiracion... de pastelería. ¡Vamos, hija, buen ánimo! Lo que yo siento es...

GILA. ¿Qué?

PASC. Que me estoy atragantando, y nada se nos ha dicho en punto á beber.

ESCENA VIII.

DICHOS y ANITA, con otro vestido, figurando un muchacho gordiflon.

ANITA. ¿Qué tal? ¿Habeis consumido ya el pastelon?

PASC. Todavía no, pero ya ve usted que no nos descuidamos. Vaya otro avance, Gila.

GILA. ¡Ah! Siento venir al amo. (Se levantan.)

ANITA. (Empujándolos.) ¡Idos, idos; que no os vea!

PASC. (Con un trozo en la mano.) No, pues... yo he de concluir este destacamento.

ANITA. Corred... (Se van corriendo.)

ESCENA IX.

ANITA sentada á la mesa, y figurando comer del pastel con mucha ánsia, y DON ALEJO.

ALEJO. (Apoyado en el brazo de un criado.) Por fin he logrado escribir mi carta. Toma, Ambrosio; haz que se la entreguen á don Claudio. Parece que el intrépido Aquiles ha tenido á bien retirarse. Pero, ¿qué veo? Ese es otro.

ANITA. (Haciendo el simple.) Buenos dias, tio Alejo. Me han dicho que estaba usted escribiendo por allá dentro, y no he querido incomodarle.

ALEJO. Bien, muy bien. (Este á lo menos no tiene traza de ser tan insurgente.) ¿Y quién eres tú, hijo de mi alma?

ANITA. Yo soy el que soy, Geromo.

ALEJO. ¡Ah! Ya sé: el de los nísperos. Pero, ¿qué estás haciendo ahí?

ANITA. ¡Miá qué pregunta! Pregúnteselo usted á este pastelon que me he encontrado en aquel armario.

ALEJO. ¡Ay, San Cenon! ¡Mi pastel de liebre!

ANITA. Es que... yo tenia hambre, y me he comido un pedacito.

ALEJO. ¡Un pedacito! ¡Gran Dios, y se ha engullido más de la mitad! Ven aquí, desventurado. Harto será que no tengamos indigestion. Y el buen Fernandez que vendrá tan ufano...

ANITA. Diga usted, tio.

ALEJO. ¿Qué quieres?

ANITA. Queria...

ALEJO. (Mirándole.) (No, no puede negar el aire de familia; pero me parece que ha de ser el mayor alcornoque...)

ANITA. (Tirándole de la bata.) ¡Tio!

ALEJO. ¿Qué quieres, hombre, qué quieres?

ANITA. Queria saber á qué hora se come en esta casa.

ALEJO. Demonio... No piensa más que en comer. ¿Pues no acabas de tragarte medio planeta, que tal parecia el enorme pastel?

ANITA. ¡Toma! ¡Si no me ha llegado á un diente!

ALEJO. ¡Eliogábalo! Y antes te habias atracado de nísperos.

ANITA. ¡Bah! Tres ó cuatro docenas. Ciruelas... no las he contado. Lo que siento es no haber podido comer muchas pavías, porque estaban muy altas, y tenia que derribarlas á cantazos.

ALEJO. ¡Triste de mí! Bueno me habrá puesto el melonar que está debajo... Y el cenador de cañas, cubierto de jazmines...

ANITA. ¡Toma! Lo he desbaratado.

ALEJO. ¡Maldecido!

ANITA. (Con risa de tonto.) No encontraba ninguna caña buena para hacer un chito...

ALEJO. Y con qué tranquilidad lo dice el hijo de una... ¿Sabes que eres un animal de bellota? Anda, tráeme aquí á tus hermanos, no haga el diablo...

ANITA. ¿El qué dice usted? ¿Que los traiga?

ALEJO. Sí, por la huerta andarán. Quiero veros á todos juntos. Corre.

ANITA. Es que... á mí no me gusta correr.

ALEJO. No importa. Eso te hará provecho. Así digerirás mejor tu bestial desayuno.

ANITA. (Poniéndose la mano en el vientre.) Es que no me da la gana, que yo no necesito... ¡Ay! ¡Ay! ¡Tio! ¡Ay! ¡Tio! ¡Ay! Yo estoy malo.

ALEJO. ¡Vírgen Santa! ¿Qué tienes?

ANITA. (Llorando.) Yo no sé lo que tengo, pero yo estoy malo.

ALEJO. ¿Pero qué sientes? Dí.

ANITA. ¡Qué me sé yo lo que siento! Pero yo estoy malo; yo me voy á morir. ¡Ay!... Yo me voy á morir.

ALEJO. Jesus, Jesus... Vamos, ¿dónde te duele?

ANITA. En todas partes y en otra parte más: en la tripa.

ALEJO. ¡Eh! ¿No lo dije? Un asiento, una indigestion... ¡Hola! ¡Ambrosio! ¡Gila! Estamos frescos. ¡Pascual!

ESCENA X.

DICHOS, PASCUAL y GILA.

ALEJO. Pronto, pronto... Llevaos á este muchacho. Poned agua á calentar; darle té...

ANITA. (Siempre llorando.) Eh, eh... Yo no quiero té.

ALEJO. ¡Dios nos asista! Tómalo, hijito, que eso te curará.

ANITA. Eh, eh... Yo no me quiero curar.

ALEJO. ¡Otra! Pues te morirás...

ANITA. Yo no me quiero morir.

ALEJO. Pero siquiera una taza de té... ¡Por los clavos de Cristo!

ANITA. Yo no quiero té... ah, ah... Si mi tio no lo toma primero delante de mí.

ALEJO. ¡Eso nos faltaba! Anda al demonio.

ANITA. (Haciendo contorsiones.) Eh, eh... Yo me pongo peor, y usted tiene la culpa, que no quiere curarme. Eh, eh. Yo se lo diré á papá.

ALEJO. Bien, hombre, bien. Tomaremos té los dos. ¿Estás contento? Justamente es contrario á mi temperamento. Anda, Gila, hazlo pronto, y me darás á mí una tacita. (En voz baja.) ¡Muy ligera, por Dios! ¡Y llévate á ese mostrenco, que no le oiga yo más!

ANITA. Eh, ge... (Se va llorando con Gila.)

ESCENA XI.

DON ALEJO y PASCUAL

ALEJO. Capricho más raro
¿quién lo ha visto? ¿Quién?
¿Qué me dices de esto,
Pascual?

PASC. Yo no sé.

ALEJO. ¡Demonio de bicho!
Come más que diez.
¡Y qué mal criado!
¡Qué mostrenco es!
Vamos, será fuerza
que trinque con él;
¡y yo que no puedo
soportar el té!

PASC. ¡Donosa ocurrencia!
Pues estamos bien
si quiere que en todo
le acompañe usted.
Mañana le mandan
que se purgue...

ALEJO. ¡Pues!
Querrá que su tio
se purgue tambien.

PASC. Pero, ¿cómo se ha puesto tan malo? ¿Qué tiene?

ALEJO. Un cólico espantoso. Pero, ¿qué mucho, si se ha embuchado él solo la mitad de un pastel tan exorbitante?

PASC. ¡Bah! Cosa de chiquillos. Si no es más que eso

lo que le ha hecho daño... le digo á usted que no le enterrarán de esta hecha. Yo respondo de su salud.

ALEJO. Pues yo no. ¡Cáspita! Con menos hay bastante para dar un causon, no digo á él, sino á tí, que eres ya un hombre, pensando piadosamente.

PASC. ¡Qué dice usted! ¡Ay, Vírgen de los Remedios!

ALEJO. La liebre es tan pesada en la mesa como ligera en el campo; la pasta, y sobre todo fria, y á estas horas, es indigesta como un tarugo. Pues no digo nada de las trufas, y las setas, y las ancas de rana...

PASC. (Asustado.) ¿Todo eso tiene el pastel?

ALEJO. ¿Y qué sé yo cuántas cosas más? ¡Si es una enciclopedia! Cuando yo digo que el chico nos ha de dar que sentir... Y aun si hubiera bebido un poco de vino... Pero á secas... ¡Ya, ya! ¿Quién le saca del cuerpo?...

PASC. ¡Ay, madre mia! Voy, voy corriendo á asistirle. Le daré mucha prisa á Gila para que haga el té, y yo lo tomaré por él.

ALEJO. ¿Cómo por él?

PASC. Me he equivocado. Por usted, queria decir.

ALEJO. ¡Ah! Bueno, bueno. ¡Dios te lo pague! En eso me harás un insigne favor.

PASC. No, no es porque usted me lo agradezca, sino que...

ALEJO. No importa; me hará muy buen provecho tomándolo tú.

PASC. Pues siendo así, celebraré mucho que usted se alivie.

ESCENA XII.

DON ALEJO y luego ANITA.

ALEJO. ¡Qué familia, Dios mio, qué familia! ¡Dígole á usted que están bien criaditos los muchachos! El uno alborotador insoportable, el otro dotado

de una bestialidad sin límites, y temo que los restantes... (Mirando adentro.) ¿Eh? ¿Qué apunte se aparece por allí?

ANITA. (De petimetre exagerado. Gran corbata, lente, etc., á la puerta.) ¡Eh, poquito á poco, señores mios! Yo no estoy habituado á semejantes maneras, y no seré tan incoherente que me comprometa á jugar con ustedes.

ALEJO. Algun petimetruelo de Madrid...

ANITA. (Saludando con afectada elegancia.) Disimule usted, caballero, si no es del mejor tono la pregunta que voy á tomarme la libertad de dirigirle, pero cuando uno se ve forzado á anunciarse á sí mismo... ¿Es el dueño de esta casa de placer á quien tengo la honra de hablar?

ALEJO. Sí, señor.

ANITA. ¿El señor don Alejo Magallon, mi respetable tio?

ALEJO. ¡Oiga! ¿Tambien es usted sobrino mio? (¡Ay mísero de mí! ¡Un lechuguino de doce años!)

ANITA. Soy, para lo que usted guste mandarme, el caballero don Casimiro García de Magallon, de quien usted habrá oido hablar indubitablemente. Como anunciaba yo desde pequeñito las más brillantes disposiciones, soy el único de mis hermanos que se ha educado en París. Hace muy poco que salí del Liceo.

ALEJO. Y allí habrá usted aprendido...

ANITA. Un poco de cada cosa; lo bastante para que brille en los salones la universalidad de mis conocimientos.

¡Sin fatigar mi memoria,
soy fuerte en literatura;
sé griego, latin, historia,
álgebra, física... ¡oh gloria!
clínica y arquitectura.

ALEJO. ¡Oh! ¡Qué erudicion! ¡Qué ciencia! Y con la leche en los labios...

ANITA. ¿De qué sirve la experiencia?

ALEJO. ¡Cómo!...

ANITA. Allá en Francia, los sabios...
se forman en diligencia.
¡Oh! Y, aunque no me toque decirlo, yo soy un jóven muy precoz. Los domingos, cuando salia de la *pension*, iba á casa de M. Dupré, rico negociante, corresponsal de mi papá. El buen Dupré tiene un hijo de doce años, á quien trataba yo con poca intimidad, porque no se atreve á salir de la esfera de muchacho, y esto es una especie de calamidad, caro tio. Yo preferia instalarme en el salon de la chimenea, alternando con los jóvenes de mejor tono. Oia, miraba, y cuando me veia sólo delante de un espejo, ensayaba la imitacion de sus *maneras*.

ALEJO. ¡Oh! Con semejantes modelos...

ANITA. Los excedo ya. Observe usted y oiga. (Componiéndose el pañuelo del cuello y con fatuidad.) Hoy hace un tiempo muy díscolo. La alameda de Longchamps está escandalosamente nauseabunda. A propósito, ¿ha visto usted esa llorona comedia de *Misantropía y arrepentimiento*? A mí me ha cogido el título de medio á medio. Durante la representacion, he sentido una horrible misantropía, y despues un verdadero arrepentimiento de haberla visto. ¡Oh, qué drama tan soporífero! Y aquel marido... tan comun, tan... ¡Quite usté allá! Si está uno apestado de ver maridos de esa calaña. Mujeres arrepentidas, ya es otra cosa; es género más escaso. Este siglo cuenta muy pocas Magdalenas.

ALEJO. ¡Ay, ay, ay! Mi sobrino Casimiro es un verdadero papagayo.

ANITA. ¿Qué dice usted de mi *corbata*? Admire usted la pericia arquitectónica de este nudo cisalpino.

ALEJO. ¡Eh! ¿Qué entiendo yo de esas monedas?

ANITA. No es maravilla. Reside mi tio (Mirándole con el lente.) fuera de la corte, y, como dijo un literato, está dispensado de tener sentido comun.

ALEJO. ¡Cómo se entiende!... ¡Calla! Y me flecha el lente con un descaro...

ANITA. (Cantando.) La tremenda ultrice espada á blandir Romeo s'appresta...
¡Oh, qué ária! Si usted se la hubiera oido cantar á la Malibran...

ALEJO. Vamos, este es el peor de todos. ¡Al fin, los defectos de los otros son propios de su edad; pero este!...

ANITA. Yo he frecuentado los círculos más célebres de París...

ALEJO. Y á mí...

ANITA. He tratado familiarmente á las primeras notabilidades...

ALEJO. Ya...

ANITA. Se me cita con encomio en el *Petit courrier des Dames*...

ALEJO. ¡Basta!

ANITA. (Cantando.) Un último addio...
Los *tailleurs*... sastres como dicen ustedes por acá, mendigan mi proteccion...

ALEJO. ¡No más! ¡No más!

ANITA. (Cantando.) Sorte secondami...
Soy la delicia de las bellas, y la consternacion de los maridos.

ALEJO. ¡Por Dios! ¡Por Dios!

ANITA. (Cantando.) Que esta alma audita, sí...

ESCENA XIII.

DICHOS, GILA y UN CRIADO.

GILA. ¡Señor, señor!

ALEJO. ¿Qué traes tú, que vienes tan azorada?

GILA. ¡Ay, Dios mio! Los otros sobrinos de usted que estaban en el canal, Manolo, Julian, Celestino, Cristóbal...

ALEJO. ¿Qué ha ocurrido?

GILA. ¡Un fracaso... una... Vírgen del Tremedal!

ANITA. Ya comprendo. Alguna muchachada, alguna incongruencia de mis hermanos... Ya se ve, chiquillos sin mundo, sin ilustracion... Voy, voy á hacerles respetar. (Mirando á Gila con el lente.) Adios, alma mia. (Presentando la mano á don Alejo con petulancia.) Soy de usted, carísimo tio. Tairari, tairirari, tairari. (Se va bailando la mazurca.)

ESCENA XIV.

DICHOS, menos ANITA.

ALEJO. Vamos, ¿qué venias á decirme?

GILA. ¡Ay señor! ¡Un naufragio! Los señoritos se han dado tan buena maña, que la escuadra se ha ido á pique.

ALEJO. ¡Qué me cuentas!

GILA. ¡No es nada! ¡Se han puesto la barca por montera!

ALEJO. ¡Ah! ¡Pobres criaturas!

GILA. Sosiéguese usted. No hay más que una vara de agua. Ello, sí, se han remojado de lo lindo.

ALEJO. (Al criado.) ¡Corre, corre! ¡Que los muden á todos de piés á cabeza; que los abriguen bien! ¡Cielo santo! ¿Qué va á ser de mí? (Váse el criado.)

GILA. Han llegado otros dos ó tres chiquirritines... el resto de la familia menuda.

ALEJO. No hay que hablarme de ellos.

GILA. ¡Señor!...

ALEJO. ¡No más, no más muchachos! Que vayan á escardar cebollinos.

GILA. Es que... Mire usted, viene con ellos una mocita tan aguda, tan linda, tan amable...

ALEJO. No importa. ¡Qué infernal lechigada de pelones! ¡Buen Dios! No gana uno para sustos. Si hoy no cojo una enfermedad... ¿Otra embajada?

ESCENA XV.

DICHOS y PASCUAL.

PASC. ¡Ay, señor! Aquíles, aquel rapaz tan travieso, el del tambor...

ALEJO. ¿Ha caido tambien en el agua?

PASC. ¿En el agua? Al contrario.

ALEJO. ¿Cómo al contrario?

PASC. Estaba con Geromo y Cayetano en aquel cuarto excusado donde tiene usted tantos papelotes...

ALEJO. Bien; ¿y qué?

PASC. Les he visto abrir la ventana, y saltar al jardin uno detrás de otro.
Aquíles, ¡pobre chiquillo!
empujado por Geromo,
se ha dislocado un tobillo.

ALEJO. ¡Ah, qué desgraciado soy!

PASC. ¿Y Geromo? ¡Qué porrazo!
Como es tan torpe y tan plomo...
Si sólo se ha roto un brazo,
mi enhorabuena le doy.

ALEJO. ¡Ay! Acude, Gila; acude volando. (Váse Gila.) ¿Pero cómo les ha dado ese diabólico pensamiento de saltar por la ventana?

PASC. ¡Toma! Porque la puerta estaba cerrada á la parte de afuera, y no podian parar en el cuarto á causa del humo.

ALEJO. ¿Y de dónde venia el humo?

PASC. ¡Toma! De los papeles que estaban ardiendo.

ALEJO. ¡Eso más! ¿Y cómo es que ardian los papeles?

PASC. ¡Toma! Porque Cayetano dejó caer sobre ellos una carretilla encendida, y por más señas, se ha abrasado toda la mano.

ALEJO. ¡Pecador de mí! ¿Con que tenemos fuego dentro de casa? ¡Bárbaro, y eso es lo último que me cuentas! ¡Fuego! ¡Fuego! Pronto, llama á los criados, á los vecinos... (Váse Pascual.) ¡Si yo pu-

diera correr! Pero es imposible. La gota... No hace más estragos el cólera morbo que esa canalla menuda. ¡Reniego de todos los muchachos pasados, presentes y futuros! ¡Y aun hay cristianos que se atrevan á ser pardres! Si fueran dos ó tres... ¡Pero diez, diez nada menos! No hay recurso. Acabarán conmigo. Lo peor es que mi sobrino va á llegar. ¿Qué le diré? ¡Misericordia! El agua, el fuego, la langosta de diez sobrinos... todas las plagas de Egipto llueven sobre mí. Y sin un criado que me socorra, sin haber quien siquiera me cuente... ¡Misericordia!

ESCENA XVI.

DON ALEJO y ANITA en su propio traje. Trae un libro, y lo pone sobre la mesa.

ALEJO. ¡Ah! ¿Quién es usted, señorita?

ANITA. Su sobrina de usted, Anita.

ALEJO. ¡Sobrina! ¿Acabaremos hoy? Me habian dicho que mi sobrino tiene diez hijos, y á buena cuenta, creo que ya pasan de quince los que han tomado posesion de mi casa para hacerme bramar de desesperacion.

ANITA. Señor, yo no vengo con semejante objeto. Al contrario, le traigo á usted buenas noticias.

ALEJO. ¡Será posible! Pues bien, habla, hija mia. El fuego...

ANITA. Ha sido apagado al momento.

ALEJO. Respiro.—¿Y tus hermanos?

ANITA. ¿Mis hermanos? Pronto los verá usted. Unos están acostados; otros, no se pueden mover; pero el médico ha dicho que no peligra la salud de ninguno de ellos.

ALEJO. ¡Ah! Bueno.

ANITA. Gila, Pascual y mi hermanita Isabel están cuidándolos. Yo vengo á hacerle á usted compañía, á consolarle, y á calmar su inquietud.

ALEJO. Gracias, bella sobrinita, gracias. Ya veo que las hembras de esta familia valen más que los varones... ¿Y cómo has venido aquí?

ANITA. En la tartana de don Claudio. El viene á pié con mi padre... Yo los estaba esperando allí dentro, en la biblioteca.

ALEJO. En efecto; traias un libro... ¿Oyes, eres tú otra sábia en abreviatura como tu hermano Casimiro?

ANITA. Yo, querido tio, sé muy poco; pero usted, que es un sujeto tan instruido, tendrá la bondad de darme de cuando en cuando algunas lecciones...

ALEJO. ¿Cómo de cuando en cuando? Todos los dias. Así como así, se me hacian tan largas las mañanas... Mucho me alegro de tener tan linda discípula. Lo que es música, no te podré enseñar, porque no conozco una nota, dicho sea con perdon... En cuanto al baile (Mostrándole la pierna mala.) ya ves tú qué pergeño podrá ser el mio.

ANITA. No hay que apurarse por eso. Justamente me hallo tal cual instruida de ambas cosas.

ALEJO. ¿Pues quién te ha enseñado?...

ANITA. Mi mamá. ¡Ah! Si usted la hubiera conocido, no hubiera podido menos de amarla.

ALEJO. ¡Oh! En cuanto á eso...

ANITA. Sí, amado tio. Era tan afable, tan cariñosa... Tu tio, me decia, es el más bondadoso de los hombres, el más tierno de los parientes. Una sola vez en su vida ha sido injusto, y lo ha sido para conmigo. Si algun dia se digna abrirte sus brazos, pruébale, Anita mia, que era yo merecedora de su afecto; sepa que yo misma te he enseñado á amarle, y sea esta mi única venganza.

ALEJO. (Conmovido.) ¡Cómo! ¿Eso te decia?

ANITA. A cada momento. Y dicen que usted se lamenta de vivir solo, aislado... Mi mamá hubiera embellecido esta soledad; hubiera servido á us-

ted de consuelo, y de alivio en su vejez... algo mejor que unos niños como nosotros.

ALEJO. Creo que tienes razon.

ANITA. ¿Qué podemos hacer nosotros en obsequio de tan buen tio, como no sea amarle entrañablemente?

ALEJO. (¡Pobrecilla! Será posible... Yo he sido severo en demasía... Sí, no dudo que si ella existiera... ¡Qué feliz seria yo teniendo á mi lado una mujer amable, virtuosa, jóven todavía! Por otra parte, mi sobrino y esta angelical criatura... Sobre todo, emancipándome de los otros, y aclimatándolos en la Escuela pía... ¡Infeliz! ¡Haberla condenado sin verla, sin tratarla! Tenia razon. He sido muy cruel.)

ANITA. (Que le ha observado.) ¿Qué tiene usted, tio?

ALEJO. (Con dulzura.) Nada, Anita, nada. Necesito estar solo. (Se separa Anita.) ¡Ah! Siento una pena... (Anita vuelve á acercarse á don Alejo.) ¿Todavía estás ahí?

ANITA. Me iba, pero le he oido á usted suspirar... y creia que me llamaba.

ALEJO. (Abrazándola.) Sí, sí; estáte á mi lado. Tu vista mitiga mi dolor.

ANITA. ¿Qué haría yo para distraer á usted? Aquí no hay piano... ¿Quiere usted que le lea?...

ALEJO. Sí, hermosa; lee un poco. ¿Qué libro es ese?

ANITA. (Con cortedad.) Tio... Son cuentos de hechiceras.

ALEJO. ¿Eres tú aficionada á cuentos?

ANITA. Un poco. ¿Y usted?

ALEJO. ¡Eh! No diré que no. A tu edad y á la mia, suelen dominar los mismos gustos. Los viejos y los niños se parecen mucho; los extremos se tocan, y... Vamos, hija, ya te escucho. (Don Alejo está sentado sobre su sillon, con el pié malo sobre un taburete, en el cual se sienta Anita. Vacila un momento, le mira, muestra tomar ánimo y lee.)

ANITA. «Erase un tio que tenia cara de Neron, y sin embargo, era la suma bondad, la suma dulzura.»

ALEJO. (Sonriéndose.) ¡Oh! Pues eso no es cuento. Muchos hombres hay así en el mundo.

ANITA. (Mirándole con mucha expresion.) Sí, querido tio. «Y este tio tenia un Príncipe, sobrino suyo, que ansioso de hacer fortuna, se embarcó en un gran navío. Y fué lejos, lejos, á un hermoso país, donde se estableció. Y en este país habia una hechicera muy bonita, que le dijo: tú solo vienes á buscar las riquezas, y si quieres, yo te daré la felicidad; y el Príncipe aceptó.»

ALEJO. Yo hubiera hecho lo mismo.

ANITA. «Y se casó con la hechicera, que por cierto era muy apacible, muy amorosa, pero muy pobre, y estaba escrito que no mejoraria de fortuna hasta que tuviera una docena de hijos.»

ALEJO. ¡Ah, ah!... ¡Singular es el cuento, vive Dios!

ANITA. «Pero los pobrecillos no pudieron tener más que una niña... muy donosa, muy bonita; eso sí...»

ALEJO. ¡Qué ruido ahora!... ¡En el momento más interesante nos vienen á estorbar!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y DON MIGUEL, entrando de pronto; GILA y PASCUAL se quedan á cierta distancia y observan.

MIGUEL. (Don Claudio se está charlando con un pasajero, no acaba de entrar, y mi impaciencia... Yo me presento, y sea lo que Dios quiera.) ¡Querido tio!

ALEJO. ¡Mi sobrino! ¡Mi sobrino! Ven á mis brazos.

MIGUEL. Viéndole á usted acompañado de mi hija, ya no dudo de su generosidad...

ALEJO. ¡Oh! Me tiene embelesado tu Anita. ¡Preciosa muchacha! Será mi hija adoptiva. Pero voy á hablarte con franqueza, porque yo no adulo á nadie. Por lo que hace á los otros chicos... no estoy muy contento.

MIGUEL. Con que ya sabe usted.

ALEJO. Sí, que era muy difícil conocer... Pero esta no

es ocasion para regañar, porque como son de la piel del diablo... No sé cómo revelarte... No te asustes. Todos están un poco indispuestos.

MIGUEL. Tio, usted se está chanceando.

ALEJO. ¡Sí, para chanzas estamos! Aquíles tiene una pequeña dislocacion en un tobillo; Geromo se ha lastimado un brazo... Tranquilízate; el médico dice que no hay peligro. Manolo, Julian y otros dos se han caido en la acequia... pero repito que no hay cuidado.

MIGUEL. Vamos, tio; esa es una quimera...

ALEJO. Tal parece, pero desgraciadamente no lo es. En cuanto á la indigestion de Geromo, no debes extrañar...

MIGUEL. (Picado.) Lo que extraño es verle á usted llevar adelante esa burla intempestiva, no ignorando mi situacion, y sabiendo que no tengo más familia que mi mujer y esta niña.

ALEJO. ¡Qué me dices!

MIGUEL. La pura verdad.

ALEJO. ¡Pero hombre, si yo he visto á los demás con mis propios ojos!

PASC. (A Gila acercándose.) Veamos en qué pára esto.

MIGUEL. ¿Usted ha visto á mis diez hijos?

ALEJO. A los diez no, pero lo menos á cuatro ó cinco... (Mirando á Anita.) ¿Qué es eso, señorita? ¿Se está usted riendo? ¡Calle! vosotros tambien... Sobrinita, hágame usted el favor de explicarme este misterio.

ANITA. Ya lo sabria usted todo si hubiera escuchado el fin de mi cuento.

MIGUEL. ¡Cómo! Habrás hecho tú alguna...

ALEJO. Calla y atiende, que lee como un ángel.

ANITA. «Pues, como iba diciendo, el encantador de quien su suerte dependia, era aquel tio de quien hablamos antes. Y la hija de su sobrino, queriéndole probar al tio que un niño que nos ama es preferible á diez que nos hacen rabiar, tomó sucesivamente la figura y carácter de una ca-

terva de muchachos, á cual más insufribles... Y... y... desengañado, y enternecido el buen tio, respondió... El buen tio respondió...»

ALEJO. Adelante.

ANITA. «El indulgente y benéfico tio respondió...»

ALEJO. Vamos, ¿qué?

ANITA. (Dándole el libro.) Está rasgada la hoja, tio.

ALEJO. ¡Picarilla! Por fortuna leí yo en mis verdes años la tal novela, y si no he perdido la memoria, hé aquí lo que el buen tio respondió:

En un batallon de nenes,
cifrando yo mi ventura,
le inmolaba, ¡qué locura!
mi paz, mi salud, mis bienes.
Tú á colmar mi dicha vienes;
tú vales, niña hechicera,
por una familia entera;
y, pues ya soy yermo frio,
sé tú para mí el rocío
de lozana primavera.

MIGUEL. ¡Ah, querido tio!

ANITA. ¡Tanta bondad!

ALEJO. Volved á abrazarme. Ya nunca nos separaremos.

ANITA. ¡Qué gozo para mamá!

ALEJO. Traédmela al instante.

ANITA. El caso es que Gila y Pascual han entrado tambien en la conspiracion, y creo que los casan en el último capítulo de la novela. ¿Se acuerda usted, tio?

ALEJO. Eh... No lo tengo muy presente... pero es probable. Todas las novelas acaban en un casamiento... (A Pascual.) Mañana el convite de boda.

PASC. (Mostrando el pastel.) Ya hemos tomado un refrigerio á buena cuenta.

GILA. A propósito, hay agüeros...
Temo que tu fe se quiebre.
Ese pastel... Hombres fieros,
todos dais gato por liebre,

maridos y pasteleros.

MIGUEL. Sólo un hijo tengo, y diez
me achacaban. ¡Cielo santo!
Mas del error no me espanto,
que á muchos padres tal vez
les sucederá otro tanto.

ALEJO. (A Anita.) Por ser bella, y sin segunda,
conmigo te quedarás;
más á tu madre dirás
que deje de ser fecunda.
¡No más muchachos, no más!

PASC. (A don Alejo.) Diez esperábamos, ¿no?
Y uno solo nos quedó.
Este es un engaño aleve.—
¿Quiere usted los otros nueve?
Cachaza, que aquí estoy yo.

ANITA. Tímida, sin experiencia,
Madrid, mírame á tus piés
esperando mi sentencia;
Ya que aplauso no me dés,
no me niegues tu indulgencia.

FIN DE LA COMEDIA.

Esta Galería, fundada en 1830, comprende más de 700 producciones nacionales y extranjeras, y las obras siguientes:

	Reales.
Fígaro (D. Mariano J. de Larra): 4 tomos en 8.° con su retrato y biografía	80
Alvarez.—Derecho real: 2 tomos	30
Rossi.—Derecho penal: 2 tomos	36
Arago.—Astronomía: 1 tomo	10
Poesías de **D. José Zorrilla**: 2 tomos	40
— de **D. José Espronceda**: 1 tomo	12
— de **D. Tomás Rodriguez Rubí**: 1 tomo	8
— de **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**: 1 tomo	16
Arte de declamacion: por D. Cárlos Latorre	4
Memorias del príncipe de la Paz: 6 tomos	60

Y otras que figuran en los Catálogos

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martin y D. Fernando Fe.

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.

Madrid.—Imp. de E. Cuesta, Cava-alta; 5.